X Jornadas de Jóvenes Investigadores

Instituto de Investigaciones Gino Germani

6, 7 y 8 de noviembre de 2019

Juan Pablo de Nicola

[jpdenicola@hotmail.com](mailto:jpdenicola@hotmail.com)

Estudiante de Lic. en Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires

Eje 10: Democracia y Representación

Eje 3: Protesta, Conflicto, y Cambio Social

Pensando la izquierda: reflexiones teórico políticas en torno al advenimiento del lugar vacío y la profundización de los valores democráticos

Palabras clave: democracia; conflicto; populismo; Lefort; Mouffe

**Resumen**

Este trabajo propone una reflexión sobre los modos de concebir a las democracias contemporáneas. Es menester realizar el ejercicio de pensar a los regímenes democráticos, en épocas de mutación de la arena política latinoamericana con la aparición y legitimidad de movimientos políticos extremistas, por un lado, en conjunto con una profundización de la formación hegemónica neoliberal, por el otro. Resulta imprescindible desplegar un análisis que pueda ser utilizado para una correcta formulación de estrategias de acción política en torno a la conquista de hegemonía a través de movimientos de izquierda, que pueda nuclear identidades heterogéneas que puedan articularse en vistas a una profundización de los valores democráticos, y no caer en la clásica “política revolucionaria” que corre riesgo de caer en totalitarismos. Con esa motivación, la propuesta de este trabajo es interrogar y profundizar sobre el desarrollo del campo democrático, principalmente a través de las teorías políticas de Claude Lefort y Chantal Mouffe, dos teóricos partidarios del entendimiento de lo político a partir de la necesidad del conflicto. Se apelará a la ontología posfundacional de lo político lefortiana que nos aporta un marco teórico enriquecedor que nos habilita a repensar los riesgos que advienen en conjunto con la democracia contemporánea y el lugar vacío del poder. En cuanto a Mouffe, nos centraremos en su análisis de la democracia y una radicalización de la misma para profundizar sus valores, enfrentando al consenso neoliberal y los populismos de derecha, a través de un populismo de izquierda. En síntesis, el trabajo consiste en un desarrollo teórico conceptual bajo el enfoque de estos dos autores, buscando responder estas preguntas: ¿Es la visión disociativa la mejor forma de concebir la democracia? ¿Si es así, bajo qué estrategias es posible constituir un frente político de izquierda que pueda vencer las adversidades neoliberales y totalitarias?

**Introducción**

El trabajo se gestó de una inquietud personal como estudiante avanzado de la carrera de Ciencia Política, en relación al problema del neoliberalismo y a las formas más convenientes para contrarrestar sus crecientes impactos en las sociedades. El objetivo de este trabajo es analizar las estrategias de acción política más adecuadas para la profundización de los valores democráticos en las sociedades contemporáneas, pudiendo combatir la formación hegemónica neoliberal sin caer en embriones totalitarios. Para poder plantear estas estrategias, es requisito considerar, primero, los modos de concebir a las democracias. Sin un marco teórico adecuado y consistente, caeríamos en cursos de acción confusos y riesgosos.

Así, se pasará, en primer lugar, a desarrollar la oposición entre la visión asociativa de la democracia, es decir, la teoría del consenso democrático, para desde allí pasar a desarrollar la visión disociativa, y por qué se puede considerar como la adecuada para el análisis. Para la primera, se abordarán algunas premisas de la propuesta de Seyla Benhabib, que nos permite desarrollar sintéticamente algunos de los pilares de la teoría del consenso democrático. Para la segunda, se proseguirá por explicar las propuestas teóricas de la visión disociativa y la importancia de concebir a la democracia a partir de una articulación entre conflicto y pluralismo. Para eso, se comenzará con los postulados de Claude Lefort, primero, y su concepción ontológica posfundacional de lo político, y cuáles son sus implicancias en las sociedades democráticas, teniendo principalmente en cuenta la paradoja democracia/totalitarismo y el lugar vacío de la democracia. Segundo, se pasará a explicitar de qué modo Chantal Mouffe teoriza acerca de este conflicto en las democracias contemporáneas, priorizando los conceptos de hegemonía y la posibilidad de un conflicto agonista sobre los principios ético-políticos de la sociedad.

En segundo lugar, se aproximará al fenómeno del neoliberalismo a partir del concepto de formación hegemónica de Mouffe, pero profundizando en las prácticas del mismo en el plano cultural, que es en define el más relevante para hegemonizar a la sociedad. También, se explicará en qué consiste la “posdemocracia” y el debilitamiento de los valores democráticos.

En último lugar, teniendo ya claro cuál se considera como la concepción de democracia más adecuada, se abordarán dos estrategias fundamentales de acción política de izquierda. La “política revolucionaria”, por ejemplo la del marxismo ortodoxo, y el “reformismo radical” o populismo de izquierda que propone Mouffe. Se explicará por qué la primera no es consistente para poder llevar a cabo una recuperación y profundización de los valores democráticos, y la segunda sí.

**La visión disociativa de la política: la articulación del conflicto y el pluralismo en las sociedades democráticas**

Antes de ponernos a pensar en las estrategias políticas más oportunas actualmente para los movimientos de izquierda, es requisito reformular y expresar el modo en el que se concibirá a los regímenes democráticos teóricamente. Sin una percepción lo más adecuada posible del funcionamiento y el devenir de las democracias, sólo con la mera voluntad de pensar en estrategias de acción resultaría en equivocaciones y confusiones de una gravedad importante. Con este motivo, introduciré brevemente la clásica disputa entre la visión asociativa de la democracia (con la que Mouffe y Lefort van a discutir), más de corte liberal soportada por pensadores como John Rawls, Jurgen Habermas, Seyla Benhabib, entre otros; y la visión disociativa, cuyo representante de mayor relevancia ha resultado ser Antonio Gramsci, pero que ha sido pensada consecuentemente por teóricos políticos como Carl Schmitt, Chantal Mouffe, Claude Lefort, y demás.

Ya que no concierne al objetivo central de este trabajo resumir los cambios y continuidades de la visión asociativa de la democracia o de la teoría del consenso democrático, nos acercaremos desde la postura teórica de Benhabib (2006) y su modelo deliberativo de la democracia que resume y se basa en teóricos liberales de la democracia como Rawls y Habermas, con cambios importantes, por supuesto, pero que coincide en sus fundamentos primeros. Este modelo consiste en

“un modelo para organizar el ejercicio público y colectivo del poder en las instituciones más importantes de la sociedad, basándose en el principio de que las decisiones que afectan al bienestar de una colectividad pueden verse como el resultado de un procedimiento de deliberación libre y razonada entre personas consideradas moral y políticamente iguales.” (p. 179)

En otras palabras, el modelo asociativo explica a la democracia como aquel régimen cuya sustancia esencial es la obligatoriedad del consenso a través de una ética discursiva entre todos los actores políticos cuya característica es su igualdad ética y política, para poder llevar adelante una decisión y una acción a nivel institucional. Este se basa en un enfoque de doble vía: en primer lugar, lo procedimental en la esfera institucional; y en segundo lugar, aquellas luchas políticas de movimientos sociales, asociaciones, y grupos de la sociedad civil. En esta teoría de la esfera pública, cercana a la teoría de la razón pública rawlsiana, se producen las luchas multiculturales que terminarán por consensuar para transferir su acuerdo a nivel institucional. Benhabib desarrolla tres condiciones normativas para compatibilizar con los dilemas multiculturales: la reciprocidad igualitaria, la autoadscripción voluntaria, y la libertad de salida y asociación. Estas condiciones extienden los principios de respeto universal y reciprocidad igualitaria, que a la vez son fundamentales para la ética discursiva del consenso.

Además, el modelo asociativo supone una ética discursiva que se funda sobre el principio de la metanorma, e implica que todos los actores políticos en cuestión deben deliberar para llegar a un acuerdo último. Benhabib (2006), basándose en la teoría discursiva habermasiana, aclara que “sólo son válidas las normas y los arreglos institucionales normativos que pueden acordarse entre todos los interesados, de acuerdo con situaciones de argumentación específicas llamadas discursos.” (p. 182)

Ahora bien, a pesar de las virtudes que aporta la teoría del consenso democrático,por ejemplo, es el primero en fundamentar que el conflicto no debe ser erradicado, sino que superado, no puede dar cuenta de uno de los pilares fundamentales de la democracia: la conflictividad permanente que posibilita la redefinición de los principios ético políticos de la sociedad, que no pueden encontrar fundamento último a través de una deliberación que arribe en un consenso final entre los involucrados. No hay tal cosa como el bien común, existen intereses particularizados de actores y colectivos que buscan constituirse como hegemónicos en una sociedad conflictiva sumida en las contingencias. Sin decir más, pasaré a desarrollar qué significa este conflicto en el pensamiento de Claude Lefort y de Chantal Mouffe.

En primer lugar, en la teoría lefortiana, la democracia es analizada como espejo a las sociedades totalitarias. Quisiera definir a la democracia lefortiana primero afirmando que es una forma de institución de lo social, que consiste en “una mutación de orden simbólico, cuya mejor manifestación es la nueva posición del poder.” (Lefort, 2004: 46) Esta mutación consisteen una mutación del escenario de poder en la que el lugar simbólico del poder está vacío, ya que los gobernantes no pueden apropiarse del poder y van ocupando su lugar a través de una competencia regulada, o sea, a través de un conflicto institucionalizado. Es decir, no es que el poder desaparece, sino que el lugar donde se debería encontrar está vacío, o ausente, para ser ocupado temporalmente. No sólo eso, sino que, además, los regímenes democráticos se derivan de una transformación de las monarquías ya que en el momento de la “revolución democrática” señalada por Tocqueville en la Francia de fines del siglo XVIII,

“estalla cuando se destruye el cuerpo del rey, cuando cae la cabeza del cuerpo político, cuando, al mismo tiempo, se disuelve la corporeidad de lo social. Entonces se produce lo que me atrevería a llamar una desincorporación de los individuos” (Lefort, 1990: p. 76)

Aquí, Lefort refiere a la mutación de un cuerpo íntegro de lo social cuya cabeza estaba constituida por el monarca, en la desintegración de ese cuerpo, y en la transformación de sus partes en individuos como unidades que pueden ser contabilizadas para la realización del sufragio universal. Esta idea del individuo como número es contraria a la unidad homogénea del cuerpo indisoluble, sino que descompone esa totalidad, terminando con la idea de sociedad como sustancia. Por lo tanto, el poder aparece como desligado de un cuerpo, y se encuentraen un lugar vacío, a ser ocupado temporalmente. Así, el ejercicio del poder en la democracia se encuentra bajo una restitución constante entre individuos, grupos, y partidos, mediante la institucionalización del conflicto social. Lefort (1990) aclara de mejor modo:

“[…] la noción de un lugar que yo califico de vacío porque ningún individuo, y ningún grupo, puede serle cosustancial; la noción de un lugar infigurable que no está ni fuera ni dentro; la noción de una instancia puramente simbólica, en el sentido de que ya no se la localiza en lo real; pero además hay que observar que, por la misma razón, la referencia a un polo incondicionado se desdibuja; o, si así se prefiere, la sociedad enfrente la prueba de una pérdida del fundamento.” (p. 190)

Lo que quisiera remarcar aquí como característica fundamental para la democracia lefortiana es que carece de un fundamento último de lo social. Por eso se abre un abismo en que los fundamentos de lo que es legítimo e ilegítimo, justo e injusto, lo verdadero y lo falso, están constantemente cambiando. Los fundamentos del poder, el saber, y la ley se encuentran indeterminados, y los sujetos democráticos están destinados a competir por imponer su interpretación sobre los mismos. Esta disolución de los marcos de referencia, abre un panorama de conflicto institucionalizado constante para encontrar un fundamento último del poder, saber, y ley, y lleva a Lefort a concluir que la democracia se instituye y se mantiene por la misma disolución de aquellos fundamentos. En cuanto se llega a un acuerdo total sobre estos fundamentos y se fusionan poder, saber, y ley, se está negando la división social y se rechazan las diferencias. En otras palabras, se llega al totalitarismo. Lo que está exponiendo Lefort aquí es que el objetivo al que apunta la sociedad democrática, encontrar los fundamentos de los marcos de certeza, es en realidad lo que llevaría a su destitución y a la institución de un nuevo tipo de sociedad, la sociedad totalitaria.

Esta es la virtud trágica de las democracias: el lugar vacío de la democracia puede devenir en el totalitarismo si se arriba a un fundamento último de lo social. Es necesario no perder de vista esta definición para no plantear estrategias de acción política que busquen justamente clausurar la división social, o colmar el lugar vacío de la democracia.

Es interesante en este sentido, graficar la oposición entre democracia y totalitarismo como imágenes de corporalidad al modo que lo hace Lefort. Como ya mencioné, en la democracia se produce una desintegración del cuerpo íntegro y totalizante proveniente del Antiguo Régimen. En el totalitarismo se nos presenta la imagen de una sociedad como un “pueblo-Uno”, es decir, que se rechaza a la división como aquel aspecto constitutivo de la sociedad. Se presenta un cuerpo íntegro, que no puede estar dividido, ya que se inventa la amenaza de un “Otro” ajeno al cuerpo, que es considerado como un parásito que contamina y es preciso desintoxicar. Señala Lefort (1990) que “la campaña contra el enemigo es febril: la fiebre es buena, es la señal, en la sociedad, del mal que se debe combatir.” (p. 76)

Para finalizar con el desarrollo de la democracia lefortiana, quisiera insistir en un punto que nos permite ingresar a la teoría política de Mouffe. Como enfatiza Marchart, “según Lefort, la principal característica del dispositivo democrático consiste en la aceptación de la división social. Pero no es solamente la división entre la sociedad y su afuera lo que es preciso aceptar, sino las escisiones internas de la sociedad, los conflictos internos entre diferentes intereses y clases, entre gobernantes y gobernados, opresores y oprimidos, explotadores y explotados y, eventualmente, entre competidores políticos” (Marchart, 2009: 131)

Adentrándonos, ahora, en el pensamiento de Chantal Mouffe, ella plantea la disolución de los marcos de referencia y a la competencia por la interpretación de los fundamentos últimos de lo social, en otros términos. Para la autora, la idea de hegemonía es el modo de concebir esto último.

“[…] una hegemonía es siempre producto de prácticas políticas que son hegemónicas, que van justamente a construir ciertos tipos de sujetos, ciertos tipos de relaciones de poder, ciertas instituciones, pero que existen al mismo tiempo también otras alternativas: alternativas que pueden ser reactivadas, y por lo tanto la lucha política es justamente una lucha respecto de cuál va a ser el orden hegemónico que se va a imponer o se va a establecer.” (Mezza y Ruiz del Ferrier, 2016: 167)

Es decir, propone una radicalización de la democracia a través de la lucha hegemónica, existe una posibilidad de transformación del orden hegemónico a través de un proceso de desarticulación y rearticulación de las instituciones democráticas.

La autora entonces se pregunta de qué modo habría que concebir a las instituciones para que esa lucha sea posible, y consecuentemente, propone el modelo agonista del antagonismo. Existen sujetos colectivos con pasiones e intereses colectivos que se movilizan en torno a una lucha contrahegemónica para imponer sus interpretaciones de los valores comunes. El modelo agonista consiste en entender al conflicto y al antagonismo, no como una contienda entre amigo-enemigo que no tienen legitimidad entre sí y por lo tanto buscan destruirse, sino como una lucha hegemónica entre adversarios que “están conscientes de que no hay manera de que se pongan de acuerdo, que es una lucha hegemónica. Pero, sin embargo, reconocen el derecho de los otros a defender su punto de vista y entonces van a encontrar una serie de procedimientos a través de los cuales se va a poder ver quién gana.” (Mezza y Ruiz del Ferrier, 2016: 169) En otras palabras, Mouffe está planteando de algún modo la institucionalización del conflicto y la competencia regulada de la democracia lefortiana. Los oponentes saben que no puede haber consenso ni acuerdo, y por eso es necesario crear instituciones que permitan que el conflicto tome una forma agonista de antagonismo y no antagonista al estilo amigo-enemigo.

Más allá de la relación conflictiva de los actores sociales en la democracia, Mouffe desarrolla que el agonismo implica también una suerte de consenso, ya que los que están en lucha deben estar de acuerdo sobre los “principios ético-políticos de la sociedad” (Mezza y Ruiz del Ferrier, 2016: 170) Sin embargo, esos principios están constantemente en juego debido a desacuerdos en relación a la interpretación de esos principios o valores. Y eso implica el agonismo. Que existe esa posibilidad de conflicto entre de esos valores o principios comunes. Esto también resuena con el debate de los fundamentos del poder, saber, y ley, que son los principios fundamentales de la sociedad según Lefort.

¿Que exista un conflicto entre estas interpretaciones sobre los fundamentos de la sociedad, o de los principios ético-políticos de la sociedad, implica que incluso las visiones que no respeten los principios democráticos puedan participar? O, en otras palabras, ¿qué tipo de pluralismo puede existir dentro de la democracia pensada por Lefort y por Mouffe?

Me es necesario aclarar aquí a qué me refiero específicamente con *pluralismo*. Refiero a la posibilidad y el margen de participación de diferentes visiones e interpretaciones en el conflicto y el debate por la interpretación de los fundamentos o principios ético-políticos de la sociedad. Como aclara Mouffe “siempre va a haber un conflicto, lo que implica una visión distinta del pluralismo, porque es un pluralismo en el que necesariamente se despliegan visiones que chocan.” (Mezza y Ruiz del Ferrier, 2016: 168) Es decir, no es un pluralismo en el cual las diferentes opiniones consensuan y llegan a un acuerdo racional, sino todo lo contrario. Están constantemente en conflicto y nunca de acuerdo.

En términos lefortianos, las esferas del poder, saber, y ley, se encuentran separadas entre sí. Son autónomas y “todas ellas desarrollan y definen sus propias normas y principios de legitimidad […]” (Marchart, 2009: 142) Siempre y cuando estas esferas sean autónomas se permite el debate entre diversas interpretaciones sobre el fundamento legitimador de cada una de ellas. Sin embargo, existen visiones como es el caso del totalitarismo, que “busca derribar los muros que separan dichas esferas y re-centrar la sociedad en torno a un único fundamento legitimador.” (Marchart, 2009: 142) Esto implicaría que las tres esferas se fusionen y se quiera llegar a un acuerdo último del fundamento y legitimidad de lo social, o sea, una sociedad totalitaria. Por lo tanto, este tipo de interpretaciones no pueden formar parte del juego del pluralismo democrático. Porque cuestionan lo característico de la democracia, cuestionan la posibilidad de que exista ese debate sobre qué es lo legítimo e ilegítimo, qué es lo verdadero y lo falso, y que es lo justo e injusto. O sea, es un pluralismo limitado a visiones que respeten el marco del debate democrático en relación a la autonomización de las tres esferas.

Por el otro lado, en la teoría agonista de Chantal Mouffe encontramos un pluralismo en definitiva complementario al de la teoría democrática de Claude Lefort. Según Mouffe, los “desacuerdos respecto de cómo interpretar los principios ético políticos compartidos no solo son legítimos, sino también necesarios. Permiten que existan formas de identificación ciudadana y constituyen la esencia de política democrática.” (Mouffe, 2014: 27) En la democracia agonista, se reconoce el legítimo derecho de otros actores o sujetos colectivos a defender su punto de vista, y van a encontrar una garantía institucional que regule el debate conflictivo y la lucha por la hegemonía, hegemonía que está siempre en juego y que permite temporalmente interpretaciones victoriosas. Para Mouffe, el pluralismo es compatible con la democracia antagónica siempre y cuando existan instituciones que regulen el conflicto. Si no existen estas instituciones que transformen al antagonismo en agonismo, el conflicto emerge como relación amigo/enemigo y “habilitaría una guerra civil.” (Mezza y Ruiz del Ferrier, 2016: 169)

En cuanto a los límites que se le imponen al pluralismo agonista, Mouffe expresa que sí los hay, ya que existen posiciones que cuestionan la estructura misma del pluralismo y de la democracia. Esas posiciones no pueden ser respetadas porque buscan mutar la democracia en otro tipo de sociedad no pluralista, sin debates ni posibilidad de lucha hegemónica. Por lo tanto, la autora establece que el agonismo “tiene límites y fuera de ellos existen también enemigos –que no son eliminados- […]” (Mezza y Ruiz del Ferrier, 170) En otras palabras, fuera del campo de juego agonista, existen posiciones que se oponen al consenso sobre los principios ético-políticos de la sociedad democrática, y esas posiciones no sólo no pueden participar del debate agonista, sino que se constituyen como enemigos en la relación conflictiva entre sujetos. Cualquier postura que pretenda eliminar la posibilidad de debate y de lucha hegemónica en el campo político, que quiera evitar los desacuerdos, e imponer un acuerdo último sobre los principios ético- políticos, no puede formar parte de la democracia agonista. Que formen parte implicaría una automutilación de las sociedades democráticas.

**El neoliberalismo y la posdemocracia: la ¿pérdida? de los valores democráticos**

Siguiendo el análisis de Mouffe sobre el neoliberalismo y el debilitamiento de los valores democráticos, proseguiré a desarrollar en qué consiste este fenómeno y de qué modo funciona. La autora nos va a decir en su más reciente libro que el neoliberalismo se caracteriza por ser una

“[…]nueva formación hegemónica que está constituida por un conjunto de prácticas económico-políticas orientadas a imponer las reglas del mercado -desregulación, privatización, austeridad fiscal- y a limitar el rol del Estado a la protección de los derechos de propiedad privada, libre mercado, y libre comercio.” (Mouffe, 2019: p. 26)

Si bien ella menciona al pasar que no es sólo eso, sino que también conlleva una concepción general de la sociedad y del individuo, no extiende la explicación. Por eso, me adentraré un poco más en el fenómeno para comprenderde qué hablamos cuando hablamos de neoliberalismo, pero mantendré la percepción del mismo como formación hegemónica.

Friedrich Von Hayek, padre del neoliberalismo, “recomendaba a todos los que se le acercaban a proponerle apoyo que concentraran sus esfuerzos en la difusión de las ideas neoliberales en lugar de desviarse hacia las lides políticas” (Morresi, 2008: p. 38) Podríamos decir que los modos de construcción de hegemonía del neoliberalismo, se centran en dos ejes fundamentales: en primer lugar, en la promoción de ideas tanto en los ámbitos intelectuales como en la sociedad civil a través de los medios de comunicación; en segundo lugar, en la formulación y aplicación de políticas públicas a través de cuadros políticos que se insertan en la administración pública, en general manteniéndose al margen de la presentación formal a elecciones.

Una característica fundamental de la ideología neoliberal es la necesidad, ya no de basarse en el laissez faire, sino utilizar al Estado necesariamente como productor de racionalidades económicas basadas en la competencia, transformando culturalmente la sociedad civil, y proliferando una mutación de las relaciones sociales en relaciones económicas, el individuo pasa a ser un homo oeconomicus caracterizado por la lógica del emprendedurismo. Por ese motivo, es que el modo de intervención neoliberal “requiere la generación de un poder estable orientado a encarar las reformas con firmeza (...) no reducir al Estado sino reformarlo (en lo que se refiere a la delimitación de sus tareas legítimas), concentrarlo (en el Poder Ejecutivo) y abstraerlo de la sociedad mediante la autonomización de ciertas instituciones, como el Banco Central, que quedan fuera del control de la sociedad.” (Morresi, 2008: p. 91)

Heredia (2015) nos enriquece con un estudio sobre el modo en que se gestó la confianza en los expertos, concluyendo que la jerarquización de los expertos del saber económico en las últimas etapas de la historia argentina, se realizó debido a la imposición de estos expertos en los cuadros políticos y en la difusión cultural de los medios. Uno de los objetivos del actuar neoliberal de los expertos es poner en relieve ciertos conceptos económicos, como la inflación, el déficit fiscal, y el gasto público para generar una preocupación en la sociedad civil. De esta manera, los expertos se jerarquizan por encima de la sociedad civil, y aparecen como los únicos capaces que tienen el conocimiento necesario para resolver estos problemas.

El método fundamental que utiliza el neoliberalismo para esta tranformación y la irrupción en la sociedad civil, es la vinculación y participación en redes transfronterizas de *think tanks*. Redes como ATLAS, RELIAL, Fundación Friedrich Naumann, por ejemplo. Siguiendo lo teorizado por Fischer (2013), estas redes organizacionales forman estrechos vínculos entre sus módulos y contienen vinculaciones sistemáticas entre intereses económicos, académicos, culturales, y políticos, es decir que los *think tanks* neoliberales establecen alianzas entre sí y logran conformar un mismo espectro político. Estas redes brindan una cooperación ideológica, pero también económica ya que financian diversas actividades como eventos, becas, y capacitaciones. Además, el modelo *think tank* de la política es útil, según Fischer (2013), para momentos de crisis ya que “brindan un marco de debate para futuras estrategias”. No sólo eso, sino que “una vez perdidos sus cargos públicos, los líderes políticos e intelectuales que no gozan de aceptación en el electorado encuentran refugio en los think tanks”. (p. 73) Este refugio intelectual les proporciona a los expertos la oportunidad de privilegiar los ámbitos de producción y difusión de ideas neoliberales, ya sea para transformar culturalmente a la sociedad civil, para formar cuadros políticos y técnicos para ocupar posiciones de poder, o destinar recursos a los lobbies, corporaciones profesionales, y líderes de opinión, es decir que su objetivo final es llevar sus ideas a la práctica. (Morresi, 2008)

Morresi (2008) expone que en el caso argentino, el neoliberalismo pudo forjar una identidad política unificadora que aglutinó un amplio arco de intereses, y que esa identidad fue definida a partir de lo que el neoliberalismo rechazaba: se erigió como alternativa al populismo ya que el populismo tergiversa todos los valores neoliberales. Es decir, se configura la idea de un mito fundante que desarrolla Morresi (2014), que es central en las gramáticas de las derechas, del neoliberalismo en cuanto a la defensa de la república en oposición al populismo. Es el clivaje central en el que se posiciona la representatividad neoliberal, populismo versus república. Así como también, la juventud constituye una de las preocupaciones fundamentales del neoliberalismo, ya que resulta de carácter necesario transformar la mentalidad de juvenil para que adopten el modo de ciudadanía ideal, la del emprendedurismo. Así, se va construyendo y perpetuando una sociabilidad y cosmovisión neoliberal para las generaciones futuras.

Como vemos hasta aquí, el neoliberalismo no es meramente un conjunto de políticas económicas llevadas adelante por un Estado, sino más bien una formación hegemónica que pugna por hegemonizar culturalmente a la sociedad y que efectivamente se ha constituido como tal en la actualidad. Y aquí es donde considero que el análisis de Mouffe entra en cuestión. Según la autora, la hegemonía neoliberal nos ha trasladado a un periodo de “posdemocracia”, un escenario político en el cual la tensión agonista entre los principios liberales y los principios democráticos, la clásica tensión de la democracia liberal y que a su vez la condiciona como tal, es eliminada, y es reducida a su lógica únicamente liberal. Mouffe (2019) señala:

“Con la extinción de los valores democráticos de igualdad y soberanía popular, han desaparecido los espacios agonistas donde podían confrontar los diferentes proyectos de sociedad, y los ciudadanos han sido despojados de la posibilidad de ejercer sus derechos democráticos. Sin duda, aún se habla de ‘democracia’, pero ha quedado reducida a su componente liberal y sólo expresa la presencia de elecciones y la defensa de los derechos humanos. Lo que ha cobrado una relevancia cada vez mayor es el liberalismo económico con su defensa de la libertad de mercado, en tanto muchos aspectos del liberalismo político han sido relegados a un segundo plano […]” (p. 31)

Retomando lo expuesto previamente acerca de la visión disociativa de la democracia, entonces, habría que tener en cuenta esta reducción de la democracia liberal a su componente liberal, para tener como objetivo claro la recomposición y profundización de los valores de la tradición democrática que están en juego: la igualdad y la soberanía popular.

**Pensando las estrategias de izquierda: ¿populismo de izquierda o extrema izquierda?**

Hasta aquí he desarrollado a la visión disociativa como el modo que me parece más adecuado para entender a las sociedades democráticas contemporáneas, de la mano de los esquemas teóricos de Claude Lefort y Chantal Mouffe, a la vez que expliqué brevemente el peligro de la democracia de devenir en totalitarismo. Y, luego, he expuesto las implicancias de la formación hegemónica neoliberal y su funcionamiento. Ahora queda por definir, entonces, cuáles son las mejores estrategias de acción política para buscar la defensa y una profundización de los valores democráticos que se encuentran amenazados y rechazados.

Paso ahora a la discusión entre dos de las perspectivas generales sobre el rol de la izquierda, que son: en primer lugar, aquella visión marxista tradicional que cree conveniente poner primero la teoría antes que los acontecimientos, y busca reflejar esta teoría en una revolución encabezada por una “clase” a la que hay que concientizar para que acabe abruptamente con el Estado capitalista. La llamaremos “política revolucionaria” según la piensa Mouffe. En segundo lugar, la posición más de índole gramsciana, formulada por Ernesto Laclau, continuada y defendida por otros intelectuales como, en este caso, Chantal Mouffe, titulada por ella como “reformismo radical”.Quedaría por aclarar algunos puntos en relación al “reformismo puro”, o a la socialdemocracia tradicional,que,por cuestiones de extensión, quedará pendiente para una investigación posterior.

En cuanto a la “política revolucionaria”, pasaré a aclarar tres puntos por los cuales considero que no es adecuada como estrategia de acción política para profundizar los valores democráticos en la actualidad. El primer punto refiere al problema de la “lucha de clases” y el concepto de “clase” formulado por el marxismo tradicional. El concepto de “clase” supone la constitución de toda identidad dentro del espectro capitalista como tal, cuando a medida que el capitalismo sigue avanzando, vislumbrar materialmente a estas clases resulta de mayor complejidad por la emergencia de nuevos y diferentes actores y grupos sociales particularizados. En este sentido, la “clase” se ha vuelto virtual, ya que no refiere a ningún grupo especificable. Como señala Laclau:

“El concepto marxista clásico de ‘clase’ derivaba su verosimilitud del hecho de que establecía una correspondencia entre dos niveles: un análisis estructural formal de las tendencias de la sociedad capitalista y de los agentes sociales resultantes de ellas, y una identificación intuitiva de esos agentes. […] Pero el mismo hecho de que la ‘concepción ampliada de la clase obrera’ ponga en discusión quiénes son los obreros significa que ya no exista correspondencia entre el nivel intuitivo y el análisis estructural.” (Laclau, Butler, &Zizek, 2017: p. 297)

Y si se lo quiere reunir con otras identidades como “género” o “raza” la “clase” pierde su función articuladora en tanto supone una totalidad identitaria, y su significado se vuelve poco claro. El segundo punto refiere a la sacralización de la teoría en detrimento de un análisis que se acerque a las contingencias y a las particularidades emergentes en la historia reciente. Nuevas corrientes y movimientos sociales que se encuentran en el campo conflictivo de la sociedad no necesariamente se identifican con una “clase” o con una lucha estrictamente “anticapitalista”, sino que más bien se encuentran organizadas como colectivo en tanto se ven afectadas por situaciones concretas, lo que exalta sus pasiones y los impulsa a la acción colectiva. En este sentido, Mouffe (2019) nos afirma que

“no se conectan con la gente, sino con cómo debería estar según sus teorías. En consecuencia, piensan que su papel en este drama es hacerlos tomar conciencia de la ‘verdad’ de su situación. En vez de designar a los adversarios en formas que permitan identificarlos, utilizan categorías abstractas como ‘capitalismo’, y esto les impide movilizar la dimensión afectiva necesaria para impulsar a la gente a actuar políticamente” (p. 72)

El tercer y último punto, y el que más quisiera destacar de por qué este modo de acción no es adecuado, deviene del análisis previo que realizamos en conjunto con los postulados teóricos de Lefort en relación al espejismo paradójico democracia/totalitarismo. Ya expuse previamente el peligro que implica que una posición o movimiento que cuestiona los principios democráticos y que pretenda clausurar la división social bajo la fusión de las tres dimensiones ontológicas constituyentes de la sociedad democrática: la dimensión del poder, la dimensión de la ley, y la dimensión del saber. Una “política revolucionaria” implicaría cortar directamente con los principios democráticos que enmarcan la división, el conflicto social, y colmar el lugar vacío de la sociedad con contenido. Es decir, reconstruir a la sociedad como un “pueblo-Uno”, como cuerpo íntegro y homogéneo que no permite fracturas en su interior. Esto puede ser visto en los populismos de derecha como los nacionalismos extremistas, o, por ejemplo, con el marxismo ortodoxo y la “dictadura del proletariado”, con el objetivo de expulsar al parásito burgués, precisa la apropiación del poder y la positivización de la dimensión de la ley como quehacer jurídico del Estado totalitario, y una positivización del conocimiento en la actividad ideológica marxista que determina el fundamento último de todos los conocimientos sociales. Por lo tanto, si lo que pretendemos es resaltar los valores democráticos de igualdad y soberanía popular, caer en una estrategia de “política revolucionaria”, implicaría una automutilación.

Si nuestro objetivo es, entonces, reconstituir, recuperar, y profundizar los valores democráticos que están en boga, negarlos buscando la eliminación del Estado liberal democrático no sería lo más astuto. Tampoco podemos reducir a este Estado a su componente democrático negando la participación de la lógica liberal, como pretende la “política revolucionaria” ya que estaríamos anulando la tensión constitutiva y primera del mismo, y como tal, negaríamos la posibilidad de conflicto en el resto de las esferas de la sociedad. La propuesta que nos interesa de Mouffe es la de recordar la distinción entre liberalismo político y liberalismo económico. El liberalismo político nos brinda un marco principios constitutivos como la división de poderes, el sufragio universal, los sistemas multipartidistas y los derechos civiles. Este marco de principios son los que permiten, en su conjunción, que exista la posibilidad de impulsar demandas democráticas. En principio parecería que estamos eliminando la posibilidad de poner en duda el orden capitalista, o que pensamos que no hay otro orden posible.

Esto no es así, ya que, al distinguir liberalismo político de liberalismo económico, se brinda una plataforma para el cuestionamiento del liberalismo económico como garante fundamental de la perpetuación de este orden. Radicalizar la democracia, según Mouffe (2019), implica “necesariamente una dimensión anticapitalista, ya que muchas de las formas de subordinación que deben cuestionarse son el resultado de las relaciones capitalistas de producción” (p. 71) Además, al no situar la clase obrera como la única que puede situarse como adversaria al orden capitalista y neoliberal, la posibilidad de articulación de múltiples identidades en pos de una lucha por la igualdad y la soberanía popular como profundización de los valores democráticos resulta factible. Y, encadena necesariamente una variedad de luchas anticapitalistas. Un punto que me parece fundamental es revisar la hermenéutica del concepto de “ciudadanía”, típico del liberalismo político. La propuesta de Mouffe (2019) en este aspectonos señala que “el liberalismo concibe la ciudadanía como un mero estatus legal y percibe al ciudadano como un individuo poseedor de derechos, libre de toda identificación con un ‘nosotros’ […]” (p. 89) Si, en cambio, nos inspiramos en la tradición cívica republicana, heredera del pensamiento maquiaveliano, se puede enfatizar el concepto de “ciudadanía” como la participación activa en la comunidad política, se asimila el conflicto, y “puede contribuir a reafirmar la importancia de la acción colectiva y el valor de la esfera pública, sometidos a un ataque permanente durante los años de la hegemonía neoliberal” (Mouffe, 2019: p. 90) Esta percepción de “ciudadano”, además, choca con la concepción del individuo consumidor neoliberal, o trayéndolo al caso argentino, al del “vecino”, individuo desplazado de la esfera pública, destripado de su capacidad de acción política.

Considero a la propuesta del populismo de izquierda como la más adecuada para la profundización de los valores democráticos y la perpetuación del lugar vacío lefortiano que institucionaliza el conflicto y lo regula. Para sintetizar, centraré su propuesta en dos ejes: el reconocimiento de un momento oportuno de irrupción para quitar la corona a la formación hegemónica neoliberal y mutar la época “posdemocrática”, el llamado “momento populista”; y la construcción de un “pueblo”, un “nosotros” conformado por una articulación de identidades que persiga la profundización de los valores democráticos de igualdad y soberanía popular, es decir, que la construcción de ese “pueblo” sea, trayendo a Maquiavelo, lo suficientemente virtuosa para hacer de la fortuna su ventaja, y como tal, poder radicalizar la democracia.

Este “reformismo radical”, nos permite, entonces: la posibilidad de construcción de un “pueblo” bajo una articulación de identidades y demandas heterogéneas bajo una concepción radical de la “ciudadanía” en una cadena equivalencial para poder combatir los perjuicios de la “posdemocracia” sin caer en un determinismo de centrar la lucha en actor parcializado o no especificable; nos permite comprender que los motivos de los actores para la acción colectiva no remiten necesariamente al soporte en una teoría, sino en situaciones concretas que los movilizan afectivamente; y, más importante, no implica cortar con las prácticas democráticas ni liberales, en su aspecto político, que son las que posibilitan la división, la heterogeneidad, y el conflicto social. No corre el riesgo de caer en los vaivenes de un totalitarismo, a la vez que se enfrenta a la formación hegemónica neoliberal. Esta propuesta entiende que el modo más adecuado para llevar adelante una lucha con trasfondo anticapitalista, debe basarse, en la hegemonización de la sociedad en primer lugar, para en el proceso y desde la hegemonía poder recuperar y profundizar la lucha por la igualdad y la soberanía popular. Esta lucha, a su vez, implica necesariamente una puesta en común de situaciones de subordinación por las relaciones sociales de producción capitalistas, que pueden formar parte de la transformación hegemónico, y como tal, es una lucha anticapitalista.

Para Mouffe, en Europa se está atravesando actualmente un “momento populista” por lo cual propone la necesidad de acción inmediata, pero no nos aporta una lectura de la región latinoamericana. Creo que una lectura de si estamos atravesando nosotros, como latinoamericanos, un momento tal, es menester. Si ya sabemos cómo apuntar, lo que nos queda es reconocer cuándo debemos hacerlo. Propongo, entonces, la continuidad del análisis por esta vía.

Lo que sí acotaré, que la autora no menciona en su reflexión, es la importancia del involucramiento de los círculos académicos en la lucha por la radicalización de la democracia. Como mencioné en el apartado del neoliberalismo, los métodos de acción de este fenómeno tienen su mayor impacto en la esfera de lo cultural a través de *think tanks*, que es donde se encuentran fuertemente arraigados. Sin un frente conformado por el ámbito científico que pueda discutir estos marcos de referencia culturales, la transformación hegemónica no podrá darse. Gobiernos con políticas puntuales a combatir la “posdemocracia” podrán ser de asistencia, pero no podrán realizar un cambio de formación hegemónica de por sí sin la actividad política activa y constante de los círculos académicos en la lucha por la transformación hegemónica. Por eso, como científicos, no debemos situarnos por encima, o por afuera, de la sociedad civil, como si fuera algo ajeno. Si no, más bien, situarnos en el mismo plano de la sociedad civil, como actores sociales que participamos en nuestra comunidad política. De esta manera, en conjunto con otros movimientos actuales de gran importancia como los feminismos, entre otros, se podrá formar una cadena equivalencial capaz de cumplir con los objetivos propuestos.

**Conclusiones**

En primer lugar, repasé brevemente algunos postuladosde la teoría liberal del consenso, pasando a desarrollar por qué este enfoque no resulta lo suficientemente adecuado para pensar las sociedades democráticas actuales. Pasando de allí a explicar por qué sí la visión disociativa de la democracia permite explicar el desarrollo y la articulación del conflicto y el pluralismo como conceptos coexistentes en la democracia. No hay tal cosa como el consenso absoluto de individuos considerados iguales, sino actores sociales que, particular o colectivamente, se encuentran en un conflicto constante por hegemonizar la sociedad, e imponer su interpretación de los principios ético-políticos de la sociedad. Para comprender mejor el conflicto social, expuse la teoría de la democracia lefortiana, para comprender de qué modo la democracia prescinde de fundamento último, y en su orden simbólico, mantiene su lugar vacío, para permitir un conflicto institucionalizado. La virtud democrática, que es la posibilidad de discutir los marcos de referencia de la sociedad, su fundamento, es trágico en términos de que puede brindar la plataforma para que se arribe a un fundamento último, y, por lo tanto, a totalitarismos.

En segundo lugar, propuse entender al neoliberalismo como una formación hegemónica, como lo plantea Mouffe. Pero explicité más a profundidad la importancia que esta formación hegemónica tiene en el plano cultural de la sociedad. Su fortaleza se encuentra en su arraigo cultural por vías de acción de la intelectualidad a través de *think tanks* neoliberales, compuestos por expertos que buscan difundir las ideas neoliberales en la sociedad civil. Esta formación hegemónica ha reducido las democracias contemporáneas a “posdemocracias”, es decir, las han reducido a su componente liberal, debilitando el componente democrático que supone los valores de igualdad y soberanía popular.

En tercer lugar, pasé a explicar dos estrategias de acción política con una perspectiva de izquierda para poder recuperar y profundizar los valores democráticos en la actualidad. La estrategia de la “política revolucionaria” no resulta adecuada por tres cuestiones: la debilidad de apoyar la acción colectiva en un actor parcial y virtual como la “clase”; la sacralización de la teoría por sobre el contexto material de los actores sociales; y los riesgos de que este tipo de estrategia caiga en una política de índole totalitaria. Propuse en su lugar, la estrategia populista de izquierda que formula Mouffe, que nos permite: la construcción de un “pueblo” bajo la articulación de identidades y demandas heterogéneas que se pueden unir bajo una concepción radical de la “ciudadanía”, y que estas demandas son impulsadas bajo la movilización de los afectos en situaciones concretas; y, finalmente, no corre el riesgo de buscar un fundamento último de lo social, clausurando así el conflicto ontológico instituyente de las democracias, y deviniendo en sociedades totalitarias. Más bien, esta estrategia busca recuperar y profundizar los valores democráticos bajo la destitución de la formación hegemónica neoliberal, y la reposición de una nueva formación hegemónica que permita radicalizar la democracia. Para realizar esto en América Latina, es necesario detectar un “momento populista”, un momento de crisis de la formación hegemónica neoliberal.

Creo que la continuidad del análisis por esta vía sería fructífera. Además, propuse no perder de vista la importancia de la esfera académica como la más importante para poder hacerle frente a la difusión de ideas neoliberales en el plano cultural. Los científicos deben asumir su papel y ser activos políticamente, ya que son los adversarios más capacitados para intervenir en este aspecto de la lucha.

**Bibliografía**

Benhabib, S. (2006). *Las reivindicaciones de la cultura: igualdad y diversidad en la era global*. Buenos Aires, Katz

Butler, J., Laclau, E.; Zizek, S. (2017). *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires, FCE

Lefort, C. (1990). *La invención democrática.* Buenos Aires, Nueva Visión

\_\_\_(2004)*La incertidumbre democrática.* Madrid,Anthropos

Marchart, O.(2009)*El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau.* Buenos Aires, FCE

Mezza, G. y Ruiz del Ferrier, C.(2016) “Entrevista a Chantal Mouffe (entrevistas)” *Revista Estado y Políticas Públicas.*Buenos Aires, Año 4 No. 6

Mouffe, C.(2014)*Agonística*. Buenos Aires, FCE

\_\_\_ (2019). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires, Siglo XXI